

LABORATORIO FEMINISTA



TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO

TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA (PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO), es una apuesta por la elaboración de una discursividad surgida en la combinación entre la actividad militante y una rigurosa reflexión colectiva: un intento de abordar las transformaciones del trabajo, poniendo en conexión la crítica de la sociedad del trabajo con las aportaciones de los discursos sobre la construcción de la subjetividad generados por los sujetos políticos emergentes desde el último tercio del siglo XX, particularmente a la luz de los análisis y críticas feministas en torno al trabajo como concepto fundamental de la crítica al sistema económico y social en su conjunto.

LABORATORIO FEMINISTA es un colectivo en permanente construcción y transformación que, tomando su origen en un curso organizado en la Universidad Complutense de Madrid en 2005, ha identificado la necesidad de elaborar un conocimiento explícitamente politizado que toma la crítica al trabajo y al sistema social y económico como catalizador de una deconstrucción de las categorías de género atendiendo a las condiciones materiales que vehiculan la continuidad del orden social existente.



Tierradenadie ediciones publica libros que no son mercancías. Es un instrumento editorial que, en su organización misma, impide su conversión en maquinaria de producción de capital: en tierradenadie ediciones no hay beneficios privados. Los libros que publica construyen una crítica de la dominación y son herramientas para la transformación social.

ISBN 84-932873-6-9



9 788493 287368





Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de: copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-Sinobrasderivadas. Esto es sólo un resumen de la licencia completa, que está disponible en los idiomas siguientes en las direcciones indicadas:
castellano: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/cs/legalcode.cs>
catalán: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/cs/legalcode.ca>
euskera: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.eu>
gallego: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.gj>

*Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista:
Producción, reproducción, deseo, consumo*

© Laboratorio Feminista
© las autoras de los textos

© de la presente edición (octubre, 2006): tierradenadie ediciones, S.L.
© imagen de portada: Natividad Salguero
© diseño y maqueta: tierradenadie ediciones, S.L.

ISBN: 84-932873-6-9
Depósito legal:

imprime:Xiana Color Gráfico

TIERRADENADIE EDICIONES, S.L.
CIEMPOZUELOS (MADRID)
<http://www.tierradenadieediciones.com>
correo electrónico: info@tierradenadieediciones.com

La presente obra ha sido editada con subvención del Instituto de la Mujer
(Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)

Han participado en la preparación de este libro: Débora Ávila Cantos,
Colectivo Envideas, Antonella Corsani, Laura Cortés,
MariaRosa Dalla Costa, José Enrique Ema López, Ana F. Vega de Miguel,
Montserrat Galcerán, Cristina Garaizabal,
el grupo de estudios Globalización y Movimientos Sociales,
María Gómez Garrido, Chefa Herma Insua, Matxalen Legarreta Iza,
Silvia López Gil, Marta Malo de Molina, Cristina Mateos,
M^a Jesús Miranda, Justa Montero Corominas,
Marisa Pérez Colina, Amaia Pérez Orozco, Elena Salas,
Nieves Salobral, Sania Samichec, Maggie Schmidt,
Carmen Torralbo Novella, Ana Varela... y todas las mujeres y hombres que
participaron en el curso y que lo nutrieron, día a día, sesión a sesión.

Débora Ávila Cantos, Matxalen Legarreta Iza y Amaia Pérez Orozco
estuvieron al cuidado de la edición

LABORATORIO FEMINISTA

TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO



LA ECONOMÍA: DE ICEBERGS, TRABAJOS E (IN)VISIBILIDADES

Amaia Pérez Orozco

Frente a las visiones monetaristas del sistema económico —que han equiparado lo económico con los flujos de capital— surgieron los intentos feministas de revalorizar lo que había de económico en los ámbitos —protagonizados por mujeres— que no movían dinero y, así, se habló de la producción frente a la reproducción, del trabajo (asalariado) visible frente al (doméstico) invisible. Y se realizó una férrea asociación de género que hermanaba a las mujeres del mundo en la apropiación de su fuerza de trabajo a través de la división sexual del trabajo. Pero esta estrategia, a la larga, no dejó de tener problemas; además de ocultar las diferencias entre las propias mujeres, seguía teniendo un referente último falo-capitalocéntrico, como dirían Cameron y Gibson-Graham (2003). Hoy seguimos intentando construir una crítica feminista de la economía política, y, así, aparece una nueva propuesta de trascender esa dicotomía de lo económico / lo no-económico, el trabajo / el no-trabajo. En lugar de dar una nueva definición cerrada, se ofrece una solución abierta que trascienda esos pares tan persistentes y perniciosos. Se busca un término bisagra que tenga “la idea básica del cuidado de la vida como objetivo central” (Dones i Treballs, 2001: 320). Distintas autoras proponen distintos términos: mantenimiento de la vida, aprovisionamiento social, reproducción social, sostenibilidad de la vida..., pero la idea de fondo es una: que seguir dividiendo producción (de cosas) y reproducción (de personas) es una estrategia analítica nefasta que no nos permite ver lo que nos importa, que es, en última (y en primera) instancia, la gente, su bienestar, lo transversal.

Partiendo de un lugar distinto: el concepto de sostenibilidad de la vida

Todos los términos recién apuntados pretenden “centrarse explícitamente en las formas en que cada sociedad resuelve sus problemas de sostenimiento de la vida humana” (Carrasco, 2001: 12). Se trata de expli-

car los procesos de satisfacción de las necesidades humanas, entendiendo que son éstos los que definen al sistema económico. Se propone “desplazar el núcleo analítico del mercado a las personas; de las necesidades que implica la producción de mercancías y el beneficio, a la satisfacción de las necesidades humanas” (Carrasco *et al.*, 2001: 3). Planteando, en primer lugar, desde dónde y cómo se satisfacen las necesidades se visibilizan múltiples esferas económicas. El análisis económico tiene que preguntarse cuáles son, qué importancia tiene cada una en cada momento, cómo se definen y qué características presentan. Entre otras cosas, esto implica que la barrera de lo monetizado pierde su papel de criterio distintivo *ex ante* y resulta significativa de manera secundaria. Los mercados dejan de ser significativos de por sí y pasan a integrar el análisis de forma derivada, por el papel que jueguen en los procesos de sostenibilidad de la vida.

El concepto de sostenibilidad de la vida no pretende captar esencias, sino procesos. No da una definición cerrada y estática de la economía, sino que busca abrir un espacio al conjunto de relaciones sociales que garantizan la satisfacción de las necesidades de las personas y que están en estado de continuo cambio. Esto se relaciona con otras ideas cruciales. Por un lado, que los procesos en sí importan tanto como los resultados, la economía no es un estudio de las situaciones de equilibrio, como lo es la teoría neoclásica, sino del cambio y el conflicto¹. Analizar el proceso supone analizar cómo se recrea el poder –y, en su caso, cómo se acumula, porque en sociedades caracterizadas por la desigualdad el poder tiende a ser acumulativo. Por tanto, hablar del proceso es hablar del poder y analizar el resultado en términos de desigualdades de poder y no de situación óptima y eficiente. Por otro lado, supone que no puede pensarse en un proceso de satisfacción de necesidades en el cual las propias personas no sean sus protagonistas, entre otros motivos, porque la necesidad de participación, de sentir la pertenencia a un proyecto, sólo se satisface siendo parte del proceso mismo. Así, este enfoque reconoce de forma clave la capacidad de agencia de las personas y “cambia el centro de atención de los problemas de *agregación* de preferencias individuales no examinadas a la

1.- El cuestionamiento del proceso y no sólo de los resultados puede decirse que es una diferencia esencial entre la economía neoclásica, ciencia que se centra en el equilibrio, y otras ramas heterodoxas del pensamiento económico, que entienden la economía como una ciencia social que incluye el análisis de los procesos sociales de decisión. Centrarse en el equilibrio, como punto estático y óptimo, supone la justificación del *status quo*.

participación e inclusión en los procesos democráticos de toma de decisiones” (Peter, 2003: 24). Por último, la noción de la sostenibilidad de la vida como un proceso está directamente vinculada a su comprensión como un acontecimiento inherentemente social.

“Los cuidados y el aprovisionamiento como puntos de partida lograron claramente que los proyectos feministas avanzaran. Pero, sin mayor elaboración, el aprovisionamiento puede convertirse solamente en un estudio de las acciones y elecciones individuales, no destaca de forma inmediata la interdependencia o el arraigo social de los procesos económicos [...] Por ello sugiero el ‘aprovisionamiento social’ como un término que enfatiza el análisis de las actividades económicas como procesos sociales interdependientes.” (Power, 2004: 6)

Es decir, esta propuesta supone una centralización explícita en las personas, superando, por tanto, el riesgo de caída en la fetichización de los mercados y su conversión en sujetos de la economía, relegando a las personas a meros objetos y mercancías. Pero eso no significa que se atienda a las personas como una suma de individuos aislados, sino que se las considera en interrelación —es más, en interdependencia. El resultado óptimo de los procesos económicos es la satisfacción social de necesidades —en condiciones de equidad (Bosch *et al.*, 2004)—, no tanto la felicidad individual, aunque esta última sea importante (Power, 2004). Esto implica rebelarse contra el individualismo metodológico de la economía neoclásica y el individualismo político del neoliberalismo. Barns (2002) va más allá aún e interpreta el proceso de deconstrucción de la noción de economía como el cuestionamiento del binomio lo económico / lo social y como una reacción directa a las palabras de Margaret Thatcher asegurando que “la sociedad ha muerto”; se afirma, por tanto, no sólo que la sociedad existe, sino que economía y sociedad no son esferas aparte.

Esta insistencia en el carácter social de los procesos de aprovisionamiento implica que las “cuestiones sobre el poder y sobre el acceso desigual al poder son parte del análisis desde el comienzo” (Power, 2004: 5). El poder social se convierte en elemento central de análisis económico (Hill, 2003). Pero, al igual que las esferas económicas relevantes no se conocen de antemano, tampoco se toman las relaciones de poder como elementos preestablecidos antes de la puesta en marcha de los procesos económicos. Es decir, se busca conocer la construcción social del poder: cómo las relaciones de poder entran en la actividad económica, adquieren sentido en ella, la condicionan y/o modifican y, a su vez, son modi-

ficadas o fortalecidas. Una noción del poder cercana a las tesis de la política de la localización que, además de ese carácter de (re)creación continua tienen como elemento definitorio adicional el no ejercerse por grupos sociales coherentes dominadores / dominados. No se trata de analizar los enfrentamientos de mujeres versus hombres o clase obrera versus clase capitalista; sino de incorporar una noción mucho más compleja del poder que, además, permita hablar de las diferencias entre mujeres. De esta forma, podrá atenderse a la multidimensionalidad de las experiencias femeninas. La economía feminista —o parte de ella— propone partir de estas experiencias, reconociéndolas diversas, y profundizar en el análisis de su especificidad. Finalmente, cabe señalar que, frente a unas imágenes de “la mujer” construidas en términos de marginalidad o debilidad, de opresión y discriminación, que resaltan esa explotación del trabajo de las mujeres, esta perspectiva —incluyendo la crítica a dicha explotación— revaloriza las experiencias femeninas y las presenta, a menudo, como una resistencia a los procesos de escisión y jerarquización de la realidad. En concreto, para los patriarcados capitalistas blancos, muchas veces pueden verse las experiencias de las mujeres como resistencias frente a los procesos de mercantilización de la sociedad.

En relación a los posicionamientos políticos, cabe apuntar que la idea del poder manejada y la forma de introducir y plantear la experiencia femenina se enmarca en el contexto de la política de la localización, con ese sujeto colectivo, contradictorio e inestable de las mujeres que es un objetivo de la acción política buscando alianzas y afinidades. Respecto a la epistemología, partir de un término tan amplio como el de sostenibilidad de la vida significa hacer una apuesta por los conocimientos situados. Sólo esta perspectiva permite construir conocimientos localizados, que no busquen la objetividad ni universalidad, sino la visualización parcial de procesos concretos, imbricados con una compleja red de relaciones de poder y que, a la par, no se sirvan ni de universales, ni de límites previos al análisis. Por tanto, igual que es difícil demarcar qué es economía y qué no al utilizar un concepto tan amplio, difícil va a ser demarcar la frontera entre trabajo y no trabajo. Aparece el ejercicio de poner límites como uno que sólo se puede hacer de forma situada y asumiendo, de forma responsable, los riesgos que conlleva. La introducción que se realiza de los elementos subjetivos, afectivos y sexuales —es decir, los otros feminizados excluidos— también remite a esta propuesta epistemológica.

La economía como un iceberg

Partiendo de esa noción amplia de sostenibilidad de la vida, la visión del sistema económico se modifica sustancialmente. Aunque no existe un consenso sobre las necesidades exactas que deberían entrar en el análisis —en última instancia, determinar cuáles son las necesidades implica que la ética entre de plano en el análisis económico—, ni sobre la conveniencia de realizar semejante listado —en todo caso, semejante listado sería el objetivo a lograr de un discusión política radicalmente democrática—, sí parece haber una convergencia teórica en la pertinencia de ampliar el concepto de necesidades para incluir las “inmateriales”, las más estrechamente vinculadas con los elementos femeninos hasta ahora marginalizados del análisis económico —y remitidos a lo social, lo moral, lo psicológico... y de anclar las necesidades en cuerpos concretos, que son, además, cuerpos sexuados. El sexo, por tanto, también entra en el análisis y rompe con la tendencia puritana que, hasta ahora, ha impregnado la revalorización de los trabajos de las mujeres fuera de los mercados, que, resaltando aquellas componentes asociadas al papel de la “buena madre y esposa”, han dejado fuera lo carnal y lo sexuado, el reino de la “mala mujer”, la puta. Este punto de partida obliga a situar el análisis para hallar cómo, en cada momento y lugar, se dan dichos procesos de mantenimiento de la vida, por tanto, lo que resta del texto vamos a especificarlo —muy poco especificado y más bien excesivamente generalizador... de contradicciones está hecha la vida...— para lo que venimos denominando patriarcados capitalistas blancos.

En ellos, la economía, distintas actividades y procesos que garantizan la satisfacción de las necesidades de las personas, puede ser representada mediante una imagen sumamente gráfica: un iceberg —se utilizará, por tanto, la metáfora como herramienta del discurso económico, ruptura ésta metodológica con los discursos ortodoxos. La metáfora del iceberg —usada, entre otras autoras, por M^a Ángeles Durán— permite recuperar algunas nociones claves hace tiempo señaladas por la crítica feminista a la división sexual del trabajo —lo imprescindible y lo invisible de los trabajos históricamente asignados a las mujeres—, así como plantear una nueva perspectiva que no sitúe a las esferas visible e invisible en el mismo plano de análisis y de relevancia social, sino que muestre cómo la segunda es la base de toda la estructura económica —más aún, es un base que, obligatoriamente, tiene que permanecer invisibilizada— y que, al mismo tiempo, muestre en primer lugar la imposibilidad teórica de escindir los procesos de sostenibilidad de la vida.

Pero, veamos, si afirmamos que los procesos de sostenibilidad de la vida se estructuran en forma de iceberg, ¿a qué nos referimos? Siguiendo con la metáfora, podemos señalar cuatro aspectos: primeramente, la escisión de la estructura en dos partes diferenciadas; en segundo lugar, la (in)visibilidad como la principal delimitación entre ambas esferas; en tercer lugar, la necesaria ocultación de la base para que la estructura perviva; finalmente, que la estructura es una unidad en sí, es decir, no pueden entenderse por separado las dos facciones, sino como un conjunto. Este último aspecto encierra, precisamente, la noción de sostenibilidad de la vida que venimos comentando al afirmar que los procesos de satisfacción —y de creación o, incluso, de impedimento de la satisfacción— de necesidades trascienden la frontera monetaria e implican la acción simultánea y conjunta de la esfera mercantil y la no mercantil, implicando “redes de poder y de vida social” que posibilitan hablar de la existencia de un “circuito integrado”, idea que propone Haraway (1991: 292) como alternativa a las previas concepciones unilaterales de la producción o dicotómicas de la producción / reproducción. Veamos los tres primeros puntos refiriéndonos a sus connotaciones de género.

La escisión del sistema económico: lo visible y lo invisible

La pregunta de qué agentes económicos están involucrados en los procesos de sostenibilidad de la vida y en qué esferas económicas realizan su actividad es, por tanto, una pregunta localizada en un momento y tiempo concretos. Las esferas más relevantes aquí, en las economías capitalistas patriarcales occidentales, y ahora, en los principios del siglo XXI, son los mercados, el estado y los grupos domésticos. Pero, en términos más genéricos, recurramos a la división sobre la cual se estructura todo el replanteamiento feminista de la economía. El iceberg está escindido, de forma clave, en dos partes, una de ellas, visible, integra la economía monetizada, la que mueve dinero, la que se sitúa en ese ámbito de lo público y que está conformada por el sector público estatal y el privado mercantil. La otra parte, invisible, es toda aquella dimensión no monetizada, asociada al ámbito de lo privado y en la que se localiza lo que durante largo tiempo se ha denominado trabajo doméstico, pero también otro tipo de trabajos no remunerados como el trabajo voluntario o de participación ciudadana, el trabajo en redes sociales, o aquellas otras actividades que se enmarcan en ocasiones bajo el nombre de trabajo de subsistencia. Es decir, podemos mantener esa división conceptual entre lo monetizado y

lo no monetizado, reconociendo también sus implicaciones de género. Por una parte, se sitúa el mundo de lo público, del trabajo remunerado, donde se supone se pone en marcha el agente económico racional que satisface sus deseos en ese reino de la libertad, el individuo autónomo con derechos de ciudadanía. Este mundo está, además, construido en base a su experiencia, es decir, no es sólo un mundo protagonizado por hombres, sino construido para ellos. Por otra, el terreno de lo privado, del amor y el altruismo, de la atadura a las necesidades biológicas, espacio que no otorga la condición de ciudadanía, porque está encerrado en lo doméstico. Es el ámbito social y simbólicamente otorgado a las mujeres, habitualmente desconsiderado. Además, estas dos dimensiones se distinguen, de forma crucial, por su (in)visibilidad: “En esta rígida dualidad sólo el mundo público goza de reconocimiento social. La actividad o participación en la denominada esfera privada, asignada socialmente a las mujeres, queda relegada al limbo de lo invisible negándole toda posibilidad de valoración social.” (Carrasco, 2001: 16)

Por tanto, la escisión entre las esferas económicas monetizadas, donde se localiza el empleo, y las no monetizadas, donde se localiza el trabajo doméstico y otra serie de trabajos no remunerados, sigue siendo clave para comprender el funcionamiento del aprovisionamiento social. Y, sin embargo, de aquí no se deriva un análisis bicéfalo, ya que hay varios aspectos de ruptura con el dualismo analítico.

Por una parte, se mantiene la escisión como herramienta analítica estratégica, pero se asume que, para entender la satisfacción de las necesidades, o de una necesidad dada, el análisis no puede remitirse a una de las dos, ni siquiera al sumatorio de ambas¹. Por otra, desestabiliza las fronteras. Es decir, aunque realiza ese uso estratégico de la barrera monetaria, también reconoce su permeabilidad e inestabilidad en términos de (in)visibilidad, como veremos a continuación. Hablar de esta permeabilidad es especialmente relevante en el proceso actual de feminización del trabajo (Malo, 2001). Finalmente, deja de analizar lo no monetizado en términos de semejanza o desviación de lo monetizado. Es más, analiza ambas esferas en relación a su contribución al proceso de sostenibilidad

1.- Esto es lo que ocurre para el caso de los cuidados, donde los distintos tipos de trabajos se imbrican para tejer una red que no se escinde en función de que implique o no transacciones monetarias, sino que gira en torno a la necesidad concreta –o la persona concreta que necesita dichos cuidados. La noción de que el sujeto del trabajo doméstico es colectivo ya fue introducida hace tiempo.

de la vida, lo cual implica que ninguna se explica en sí misma y que los análisis previos de la esfera mercantil, que se suponían justificados en sí mismos por esa misma condición de manejar valores de cambio, ahora pasan a cuestionarse.

Los términos de la (in)visibilidad y la permeabilidad de las fronteras

¿A qué nos referimos al asegurar que las fronteras son permeables y variables, o sea, mucho más complejas de lo que una construcción binaria nos permite captar? En primer lugar, a que la invisibilidad no es una condición única, que se tiene o no se tiene, sino una posición de poder demarcada por diferentes dimensiones. Desde el punto de vista de los trabajos¹, podemos afirmar que son varios los elementos que conforman las dimensiones y grados de la (in)visibilidad. Entre ellos, la existencia de remuneraciones y la presencia de prestaciones sociales asociadas. Otro factor fundamental es la existencia (y aplicación) de una regulación legal de la actividad que determine las condiciones laborales en sus múltiples dimensiones (espacios, horarios, descansos, formación requerida, manejo de instrumentos...), el reconocimiento legal de la actividad, etc. Otra dimensión de la (in)visibilidad es la valoración y el reconocimiento sociales asociados a la actividad. El espacio en el que se lleve a cabo el trabajo también resulta determinante, así, todo aquél trabajo que se realice, en su totalidad o en su mayor parte en el espacio doméstico, arrastrará la invisibilidad asociada a dicho espacio (Tuominen, 2000). La existencia de medidas, de datos numéricos, de estadísticas, es otro asunto central. Finalmente, cabe mencionar la mera existencia de nombres, trayendo a colación la afirmación post-estructuralista de que el lenguaje crea aquello que nombra, y, por tanto, invisibiliza aquello que no nombra, que se convierte en ese “otro” que otorga significado por su negación y ocultación.

Ahora bien, ¿cómo se relacionan todas estas dimensiones con esa frontera de lo monetizado? Podemos afirmar que existe un nexo estrecho entre la monetización de una actividad y su visibilidad, pero no es direc-

1.- Señalemos que la noción de trabajo también va a sufrir un profundo cuestionamiento que va a derivar en la imposibilidad de dar un concepto cerrado. Por tanto, a lo largo de este texto, el término trabajo no va a hacer referencia a la simple adición del empleo y el trabajo doméstico, sino a un conjunto amplio y vagamente delimitado de actividades tendentes a satisfacer necesidades.

to ni opera siempre —excepto, claro está, en la primera dimensión, la de la existencia de una remuneración. Respecto al segundo factor, las prestaciones asociadas, cabe decir que tanto en los sistemas contributivos como en los categoriales, las prestaciones están vinculadas al trabajo remunerado formal. En el primer caso, porque las prestaciones están vinculadas a la existencia de previas cotizaciones y las únicas actividades que cotizan son los trabajos remunerados formales. En el segundo, porque las categorías vienen determinadas, de nuevo casi en exclusiva, por la relación con el mercado laboral; así, se es estudiante —en formación para insertarse en el mercado—, desempleada, jubilada, etc. Es decir, en ambos sistemas, las prestaciones están asociadas a los trabajos remunerados legalizados, sin perjuicio de que se señale que, en ninguno de los dos casos, la escisión es tan estricta, sobretudo tras años de reivindicaciones feministas para que los trabajos de cuidados no remunerados coticen y tras el actual proceso de feminización del empleo con sus fuertes dosis de precarización y flexibilización al servicio del interés empresarial. Por otra parte, en países con un sistema categorial existen algunas prestaciones que se otorgan a quienes están cuidando, es decir, en función de su relación del algún tipo de trabajo no remunerado. Pero, a grandes rasgos, sí puede afirmarse que sólo el trabajo de mercado genera prestaciones, no así los trabajos no remunerados. Sobre el tercer factor, la existencia de regulaciones, cabe mencionar que éstas están extendidas, aquí sí en total exclusividad, para el caso, de nuevo, de los trabajos de mercado, aunque no abarcan las actividades no formales, es decir, las desempeñadas en la economía sumergida, que, por tanto, tampoco conllevan contraprestaciones —bien por la no aplicación de legislación existente, bien por ser actividades al margen de la legalidad. Sobre la valoración social habría mucho que decir. Entre otros aspectos, es un elemento directamente vinculado con los roles de género. En ese sentido, en determinados momentos históricos, una buena ama de casa puede obtener un reconocimiento social mucho mayor que si tuviera, al mismo tiempo, un empleo —y, hoy día, logra mucha más valoración que una trabajadora sexual. Aunque esto se transforma en la medida en que el modelo de familia nuclear tradicional pierde peso¹. Pero, en todo caso, aunque haya existido un mode-

1.- Borderías (1993) señala cómo, a medida que se ha ido aceptando socialmente la doble presencia de las mujeres, éstas han tenido menos problemas en compatibilizar los dos trabajos porque la presión social de seguir siendo una madre y esposa ejemplar —es decir, invisibilizar su empleo una vez en el hogar— disminuye. Asimismo, el feminismo emancipatorio menospreciaba la esfera familiar y los trabajos desarrollados en ella como elemento de realización de las mujeres.

lo social que valoraba el trabajo doméstico para el caso de las mujeres, esta valoración en ningún caso ha sido equiparable a la que otorgaba el empleo. Sobre los espacios, volvamos sobre lo ya dicho, que el espacio invisible por antonomasia es el doméstico y que la mayoría de los trabajos que tienen lugar en él son no remunerados, aunque también se localizan otros trabajos remunerados informales, sobretodo aquellos realizados por mujeres. Finalmente, sobre la existencia de datos y estadísticas, poco hay que explicar sobre la ocultación conceptual y teórica de las esferas no monetizadas. En conjunto, puede decirse que la frontera monetaria sí es un elemento crucial en la demarcación de estos grados de (in)visibilidad, pero que la delimitación no es estricta, ni estable¹. Y estos grados de (in)visibilidad—este posicionamiento en el iceberg— supone calidad de vida y de trabajo.

Otra barrera de delimitación de la (in)visibilidad es la asociación con las mujeres y lo femenino. Así, por ejemplo, la regulación específica del empleo doméstico hace que éste sea uno de los sectores con mayores índices de informalidad. Simultáneamente, dicha regulación específica viene determinada por el espacio en el que se da —privado, que hace que los poderes públicos persigan la menor injerencia posible— y por la naturaleza misma del trabajo. Es decir, espacio y contenido (feminizado) justifican la distinta y desfavorable regulación². Igualmente, los empleos feminizados detentan un menor reconocimiento social —asociado también a

1.- Muchas de estas dimensiones de la invisibilidad se epitoman en el trabajo doméstico, como reconocen Alonso *et al.* al afirmar que las características del trabajo doméstico son:

- “Se lleva a cabo en el espacio privado
- Ausencia de horario, se realiza con disponibilidad las veinticuatro horas al día.
- No existe el descanso semanal ni tampoco vacaciones.
- Tampoco hay límite temporal, ya que se realiza de por vida.
- Inexistencia de remuneración.
- Carece de reconocimiento jurídico laboral que permita legalmente su constancia, así como el acceso a prestaciones como maternidad, incapacidad o jubilación, entre otras.” (2003: 20).

Todo lo cual lleva a Papi a afirmar que “el trabajo doméstico sería el sector informal por excelencia” (2001), expresión con la que se recoge tanto la noción de que en el trabajo doméstico se acumulan todas las facetas de la invisibilidad, como la noción de que no hay una diferenciación clara entre éste y el resto de la economía informal, que la invisibilidad se despliega atravesando la frontera de la remuneración.

2.- Este régimen, denominado Régimen Especial de Seguridad Social del Servicio Doméstico, refleja la desconsideración social de este trabajo. Entre los elementos destacables están: no obligatoriedad del contrato escrito; obligatoriedad para la propia empleada de darse de alta si trabaja menos de 20 horas para una misma persona empleadora; la arbi-

la construcción social de la cualificación. Por ejemplo, cabe hablar del hecho de que la EPA no desglose el sector limpiezas —tradicionalmente asociado a las mujeres— a pesar de que abarca a un número en absoluto despreciable de personas empleadas (en torno a las 275.000). La condición de ciudadanía es otro elemento clave. La ausencia de residencia legal supone que el único trabajo remunerado que puede obtenerse es en la economía sumergida; la etnia se perfila como otra variable clave y de importancia creciente en el estado español. En conjunto, podemos decir que la barrera de lo monetario es fundamental, pero no estricta ni única. Hay otros elementos como la etnia y el género que son también esenciales, tanto en la distribución de los distintos trabajos con sus variados grados y dimensiones de (in)visibilidad, como en la conformación misma de un trabajo como más o menos visible. En general, lo visible es lo asociado con el espacio y las tareas de los hombres blancos, heterosexuales, sin discapacidad, etc.; es decir, el reino del sujeto ilustrado, ciudadano autónomo que firma el contrato social, el *homo economicus*. Asociados de una u otra manera a la invisibilidad (al no poder) están todo el resto de sujetos que, de una forma u otra, se desvían de dicho modelo social; todos los “otros” del discurso ilustrado.

Utilizando como ejemplo la economía sumergida podemos señalar cómo el uso de una delimitación monetaria estricta no es útil para determinar su condición de (in)visibilidad. Por un lado, sí genera remuneraciones, pero, por otro, no conlleva derecho a prestaciones. Dentro de esta esfera económica, las mujeres y las personas migrantes ocupan los escalones más bajos y con menores posibilidades de promoción; por tanto, de reconocimiento social. Asimismo, las mujeres, en gran medida, realizan estos trabajos en el espacio doméstico, lo que las invisibiliza aún más. Las dimensiones de la (in)visibilidad están relacionadas, pero no son idénticas. En todo caso, la (in)visibilidad se entiende como poder,

triedad a la hora de extinguir la relación laboral; las ínfimas indemnizaciones por despido; la indeterminación de la jornada laboral debido a la figura del tiempo de disponibilidad; la posibilidad de sustraer hasta el 45% del sueldo en concepto de alojamiento y manutención; la inexistencia de subsidio de desempleo y de enfermedad profesional; la baja por enfermedad no se cobra hasta el vigésimo noveno día de enfermedad; la situación de incapacidad laboral transitoria no exime de la obligación de cotizar... En conjunto, este régimen, más cercano al de personas autónomas que al de empleadas, provoca la existencia de un altísimo porcentaje de mujeres empleadas en situación informal. Aunque esta legislación abarca a cualquier persona empleada, al margen de su sexo, es un sector claramente feminizado.

en el doble sentido de que otorga poder (de compra, de reclamación de derechos, de negociación...) y de que se distribuye en base a los ejes de poder que conforman la informática de la dominación. Por tanto, el iceberg, compuesto por los distintos trabajos que, en su conjunción, dan lugar al sostenimiento de la vida, está escindido en dos partes fundamentales. Una visible, el ámbito que encarna los valores del sujeto privilegiado del discurso ilustrado y del discurso económico androcéntrico, por tanto, esfera estructurada en base a la experiencia de tal sujeto. Y otra esfera invisible, en la que se insertan todos esos "otros" distintos a dicho sujeto y que, como a continuación veremos, permite que el reino del *homo economicus* se mantenga a flote. La demarcación de la (in)visibilidad es una barrera permeable e inestable definida por la monetización de las actividades, así como sus vínculos con la escisión público / privado y sus asociaciones de género y etnia, ya que, como comenta el Colectivo IOÉ: "Son las diferencias de *género, nacionalidad y clase* las que aparecen como más decisivas para explicar las modalidades de inserción laboral" (2001: 718).

Descentrando a los mercados y desvelando el conflicto capital-vida

Establecer la sostenibilidad de la vida como categoría analítica central suscita cuestiones de gran importancia, como lo reconoce Carrasco:

"Centrarse explícitamente en la forma en que cada sociedad resuelve sus problemas de sostenimiento de la vida humana ofrece sin duda una nueva perspectiva sobre la organización social y permite hacer visible toda aquella parte del proceso que tiende a estar implícito y que habitualmente no se nombra. Esta nueva perspectiva permite además poner de manifiesto los intereses prioritarios de una sociedad, recuperar todos los procesos de trabajo, nombrar a quiénes asumen la responsabilidad del cuidado de la vida, estudiar las relaciones de género y de poder y, en consecuencia, analizar cómo se estructuran los tiempos de trabajo y de vida de los distintos sectores de la población." (2001: 12-3)

A continuación nos centraremos en algunos de estos puntos, en concreto, en esa nueva perspectiva de la organización social que supone un cuestionamiento profundo de los mercados y en el conflicto de lógicas identificado entre los mercados y la sostenibilidad de la vida. El objeto funda-

mental de análisis es ver cómo, con la combinación de la acción de las distintas esferas económicas, se resuelve (o no) el aprovisionamiento social, en qué condiciones y quién es responsable del encaje de dichos procesos. Esto implica analizar qué juego de simultáneas presencias y ausencias de (diversos agentes sociales en) diversas esferas económicas está teniendo lugar y quién está finalmente garantizando que el juego funcione –si por funcionar entendemos que la vida se sostenga. La presencia de las mujeres en la economía ya no es la única presencia cuestionada.

Centrarse en los procesos de satisfacción de las necesidades humanas permite, de forma clave, dejar de privilegiar a los mercados tanto de manera directa –tomándolos como el único o principal elemento de análisis– como indirecta –cayendo en un dualismo analítico que sigue empleando un paradigma mercantil para comprender el conjunto. Es más, los mercados, esfera masculina y masculinizada, se desnaturalizan. Esta desnaturalización presenta varias dimensiones. Entre ellas, el cuestionamiento de que el nivel de vida depende de forma directa y/o única de los ingresos monetarios y éstos, a su vez, de la actividad en el mercado laboral, y el cuestionar a los mercados, preguntarse por su lógica de funcionamiento, que se desvela como una forma de economía perversa.

El nexo directo entre condiciones de vida-ingresos monetarios-situación en el mercado laboral encierra tres reduccionismos en absoluto inocentes. En primer lugar, el vínculo entre bienestar e ingresos monetarios esconde que el dinero es un satisfactor históricamente específico, lo cual supone que no puede darse por sentada su importancia en el mantenimiento de la vida, sino que hay que preguntar hasta qué punto la sociedad está construida de tal forma que el dinero se convierta en un satisfactor no sólo relevante, sino fundamental¹. Es más, como hemos apuntado anteriormente, no es sólo que haya otras esferas además de las monetizadas, sino que una consideración multidimensional de las necesidades humanas permite comprender que la satisfacción de muchas de ellas, sobretudo las de índole afectivo-relacional, se produce, fundamen-

1.- Ha de insistirse en la relevancia central de redefinir el concepto de riqueza. Izquierdo (1998) señala que, aunque suele ampliarse el concepto de trabajo, muchas veces se sigue usando un paradigma mercantil al ver cómo se reparten los frutos de los trabajos, hablando sólo en términos de ingresos, por tanto, equiparando acceso al reparto de la riqueza con acceso al dinero. Esto es una muestra de las dificultades de descentrar a los mercados a las que se enfrenta la economía feminista.

talmente, fuera de los mercados. El segundo reduccionismo es el que identifica disponibilidad de ingresos monetarios con la situación individualizada en el mercado laboral. Así, se oculta la relevancia de las instituciones públicas y, sobretudo, la existencia de redes sociales que comparten e intercambian recursos y que permiten minimizar la necesidad de cada persona de obtener ingresos propios, sean estas redes los hogares u otras. Es decir, o bien se construye un discurso individualista, donde la responsabilidad de obtener ingresos recae sobre cada persona (salario directo o diferido) o bien se opta por un discurso donde los hogares aparezcan como unidades armoniosas, en las que todos los ingresos que entran se reparten equitativamente, negándose así la existencia de relaciones de poder intra-familiares. En tercer lugar, este nexo olvida la importancia del proceso en sí y que la capacidad de decidir y participar en el proceso de satisfacción de necesidades es tan importante como el resultado mismo.

Desnaturalizar y cuestionar a los mercados no implica subestimar su importancia y su extensión social, dado que una parte fundamental del sistema socio-económico está protagonizada por los mercados. Para entender su participación en los procesos de sostenibilidad de la vida, en primer lugar, hemos de preguntarnos cuál es la lógica que regula su funcionamiento. La lógica subyacente al funcionamiento de los mercados capitalistas se identifica fácilmente, ya que éstos operan siempre y cuando se permita la acumulación de capital; es decir, el elemento definitorio de los mercados capitalistas es tener en la obtención de beneficios su objetivo inmediato. La famosa fórmula reconocida por el marxismo como distintiva del capitalismo: $D-M-D^1$ —dinero, para producir mercancías cuya venta produzca dinero, pero sólo si D' es mayor que D , es decir, si hay beneficio. Por tanto, los mercados van a satisfacer únicamente las necesidades que se expresen mediante una demanda solvente y lo van a hacer de forma derivada, si y sólo si dicha satisfacción de necesidades implica la existencia de una rentabilidad monetaria. Matt-haei habla de la “agenda orientada al beneficio” y de su carácter “anti-obrero, anti-ecológico, pro-militarista y anti-humanista”, que hace que satisfacer necesidades sea “un medio para el fin de más beneficio” (1996: 27). Se trata, por tanto, de una lógica de acumulación y el cuarto y cru-

1.- Alteración de la relación mercantil básica M-D-M, donde se vende una mercancía para, con el dinero logrado, obtener otra distinta y deseada-necesitada. Podríamos hablar de perversión de una lógica de sostenibilidad de la vida.

cial reduccionismo es ocultar esta lógica, maniobra aún más grave en un momento de financiarización de la economía.

Hablar de la lógica de acumulación no implica afirmar la existencia de un “Dios capitalista”. No puede crearse una figura abstracta llamada el capital cuya mano ejecutora sean los capitalistas individuales y que sirva para dar explicaciones universales, verdaderas y objetivas del mundo. Afirmar que la lógica que subyace a los mercados es una lógica de acumulación no implica dar explicaciones teleológicas ni caer en una fetichización del capital. Ha de recuperarse la idea de Hartmann (1979) sobre la diferencia entre los intereses abstractos del capitalismo (la máxima acumulación posible al margen de las circunstancias sociales y políticas) y lo posible para el capital en un contexto concreto. Asimismo, ha de reconocerse que el capital no es un ente abstracto, sino que detrás hay personas concretas; debe ponerse rostro al capital, hacer teoría encarnada; preguntarse quién es y qué más ejes de poder lo cruzan. Cuáles son, detrás de ese nombre abstracto, los cuerpos concretos y las subjetividades en ellos encarnados. Y aceptar que, entre el capital –los capitales, los y algunas las capitalistas–, hay conflictos.

Esta lógica del beneficio está en evidente contraposición con el objetivo que debiera ser primario del sistema económico: garantizar la sostenibilidad de la vida. Tanto los mercados como la vida tienen sus propios ritmos y requerimientos. No son sólo los mercados los que tienen unas exigencias rígidas, sino también la vida misma de las personas tiene sus exigencias particulares¹. Esta tensión es claramente perceptible en el caso de los cuidados y cada día emerge con mayor ímpetu debido al actual proceso de flexibilización de los tiempos de trabajo (remunerado) al servicio de los intereses empresariales.

El objetivo de garantizar la sostenibilidad de la vida no es en ningún caso reducible al objetivo de acumulación de capital. El objetivo de satisfacer las necesidades de las personas y el de acumular capital son objetivos inherentemente contradictorios y la tensión entre sus diferentes intereses emerge cuando ocupan un mismo espacio y cuando no hay un co-

1.- Es ésta otra vía de desnaturalizar a los mercados. Habitualmente, se establece que éstos tienen unas necesidades inflexibles que determinan el funcionamiento social; sin embargo, también la vida se impone, lo que ocurre es que su lógica se ha invisibilizado y, sobre todo, se han ocultado las dificultades que impone a quienes han de darle respuesta.

lectivo social que absorba el conflicto y la tensión. Existe un profundo e irresoluble conflicto entre el capital y la vida. Cabe, entonces, preguntarse: ¿cómo se maneja socialmente? Históricamente, el conflicto se ha “resuelto” mediante, en primer lugar, la concesión de primacía a una de las lógicas, la del mercado; y, en segundo lugar, escindiendo las esferas en las que cada una de ellas opera e invisibilizando aquella en la que, en última instancia, se garantizan las necesidades de la vida y se absorben las tensiones. Es decir, la “resolución” del conflicto implica la concesión de prioridad social a la lógica de acumulación y, consecuentemente —para que esto sea posible y, aún con todo, la vida continúe—, la imposición de la responsabilidad sobre la sostenibilidad de la vida a las esferas invisibilizadas de la economía de las que venimos hablando: las no-monetizadas, las de lo doméstico, las feminizadas. Hoy, con los cambios en las identidades femeninas, con los procesos de externalización del hogar, con las disoluciones de las fronteras entre lo público y lo doméstico, con la crisis de los cuidados, la feminización del trabajo y la precarización de la existencia, lo que antes permanecía escindido se funde, el conflicto antes oculto sale a la luz... y, o nos cuestionamos el sistema, o la invisibilidad se reformula y se reordenan los ejes sociales de poder para volver a ocultar el conflicto... (pero volvamos al plano teórico, que poco estamos descendiendo al aquí y ahora y no es plan, a estas alturas del texto, de cambiar de tónica).

Los mercados se han constituido en el epicentro del sistema socioeconómico; su forma de funcionar ha adquirido legitimidad social no sólo para imponerse por encima de las necesidades de sostenibilidad de la vida; sino para hacer que el conjunto social se estructure de acuerdo a sus intereses. Las formas en que esto ocurre son, a menudo, escandalosamente obvias y, otras, sutiles y, por tanto, difíciles de identificar y encarar. Fenómenos ya comentados no son más que expresión de dicha prioridad. Entre ellos, el estrecho vínculo entre las condiciones de (in)visibilidad de los trabajos y su monetización, así como la existencia misma del nexo —ni directo ni inevitable, pero sí existente— entre las condiciones de vida y el empleo. En tanto en cuanto los mercados son el epicentro social y económico, cuanto mejor situados se esté en ellos, mejor posición se ocupa en la informática de la dominación¹. Asimismo, a medida que los mercados van adquiriendo centralidad, van reflejando-asumiendo los

1.- En ningún caso ha de entenderse esta afirmación en sentido linear —es decir, que la situación en el mercado determina la posición en la informática de la dominación—, ya que esto sería volver a adoptar un discurso enmarcado en las coordenadas de la lógica

valores asociados a los grupos sociales con mayor poder. En ese sentido, la visión del lugar prioritario que ocupan va indisolublemente ligada a su comprensión como estructuras etnocéntricas y androcéntricas.

Si el conjunto de la estructura social no asume como objetivo propio garantizar la sostenibilidad de la vida y, sin embargo, la vida tiene que continuar. ¿Dónde recae la responsabilidad de garantizarla en semejantes circunstancias adversas? Para contestar a esta pregunta, cabe preguntarse cómo se distribuye la responsabilidad sobre los cuidados, ya que esta cuestión está estrechamente relacionada con la de quién o quiénes están asumiendo la responsabilidad de garantizar el aprovisionamiento social. Evidentemente, ambas preguntas no son idénticas, pero sí están íntimamente conectadas. Por una parte, los trabajos de cuidados directamente encarnan, materializan y concretan, la lógica de “sostenibilidad de la vida”. Por otra parte, es el trabajo que permite adaptar todo el resto de recursos a la persona concreta. En conjunto, no puede decirse que quien asume los trabajos de cuidados esté asumiendo la totalidad de la responsabilidad en la sostenibilidad de la vida, pero sí que esta última está epitomada en ese trabajo y que este trabajo asume la responsabilidad última de hacer que el conjunto funcione. Por tanto, preguntarse cómo se resuelve esta necesidad de cuidados supone cuestionar las bases últimas de la organización socioeconómica.

Una vez llegadas a este punto, aparece el último componente de la metáfora del iceberg: el hecho de que la parte invisible es la base del conjunto; es más, que es una base que, por necesidad, ha de permanecer oculta. Es éste un punto de diferenciación clave con un discurso feminista de corte más institucional que considera que la ocultación de lo no monetizado, particularizado en el trabajo de cuidados no remunerado, ha sido un error analítico o bien una ocultación deliberada por los intereses patriarcales. Pero cree que puede revertirse, dentro, más o menos, de los mismos paradigmas conceptuales y políticos previamente existentes. Sin embargo, para otra perspectiva feminista, la visibilización, en términos teóricos y conceptuales, así como en términos de reconocimiento social, regulación, remuneración, contraprestaciones sociales,

del capital. Más bien, ha de entenderse como un proceso dialéctico —o, en términos de la política de la localización, performativo. Los mercados son lugares donde adquiere significado el poder, donde se crea y modifica y que, al mismo tiempo, son moldeados por los ejes de categorización social entrecruzados.

etc. no es factible sin realizar una ruptura fuerte con el discurso teórico y el sistema social existentes. La segunda maniobra de “resolución” del conflicto, pasa, por tanto, por la delegación de la responsabilidad de la sostenibilidad de la vida —que alguien tiene que seguir asumiendo— al limbo de lo oculto, para que las tensiones entre las necesidades de las personas y las de los mercados sean absorbidas allí. Por tanto, estos procesos de responsabilización y de absorción de tensiones son los que se producen en la base invisibilizada del iceberg.

Una vez que se rompe con la medición monetaria, puede afirmarse que la base es, cuantitativamente, más grande que la parte visible en términos de tiempo. Pero incluso cualitativamente es también más relevante, porque en ella es donde se satisfacen esas necesidades “inmateriales” que el mercado no es capaz, al menos no por completo, de garantizar —o, al menos, mientras no terminemos buscando “ser felices” únicamente a través del consumo. La base es mayor que la punta visible y es, efectivamente, la base; en el sentido de asegurar lo más básico, la continuidad diaria, cotidiana, de la vida. Y, finalmente, es ineludiblemente invisible, para permitir que ideales como el de la libertad del deseo —del deseo satisfecho en los mercados— tomen forma. Para que la cultura exista, ha de negarse (invisibilizarse) la naturaleza. Como apuntaba Hewitson (2001), para que el hombre se defina como mente abstracta, necesita de un cuerpo en el que desechar el suyo propio, y ése es el cuerpo femenino. Para que los mercados se erijan como autosuficientes, es necesaria toda una red feminizada que los mantenga. Para que los hombres blancos salgan a la esfera pública, los otros tienen que permanecer en el limbo de lo privado. Para que el conflicto entre el capital y la vida se oculte y parezca desaparecer, las tensiones han de ser absorbidas en el ámbito de lo invisible —del no-poder, de lo individualizado—; sólo así semejante conflicto es socialmente aceptable. La división público / privado, en su doble dimensión política y económica, ha resultado crucial para entender la forma en que se ha tendido a “resolver” históricamente el conflicto de lógicas. Y, para responsabilizarse del cuidado de la vida cuando la vida no recibe prioridad social, es necesario poner en marcha la maquinaria de la coacción y la imposición, del envenenamiento de una supuesta lógica de sostenibilidad de la vida —que mantendría, desde lo invisible, a flote el sistema— que se convierte en una lógica opresiva e individualizada del cuidado. El último resorte para que el conflicto pierda todo resquicio de colectividad y para inhibir la reclamación de la interdependencia social, de la construcción colectiva de una lógica ecológica del cuidado (Precarias a la deriva, 2005).

Breves reflexiones finales en torno a la reordenación del sistema

Desde esta perspectiva analítica, los procesos actuales de precarización de la existencia, feminización del trabajo y crisis de los cuidados implican reordenaciones del conjunto del sistema socio-económico, reasignación de responsabilidades, nuevas presencias y ausencias en el sistema, nuevas reestratificaciones de los trabajos y de las posiciones en el iceberg. Agentes sociales que salen a la luz y dimensiones de la (in)visibilidad que se modifican.

Al atender al sistema económico en un momento histórico dado —al atender hoy a estos procesos— debemos realizarnos las siguientes preguntas: en primer lugar, qué agentes económicos participan en los procesos de satisfacción de necesidades humanas y cómo lo hacen; en segundo lugar, cómo se “resuelve” el conflicto social de lógicas, es decir, en qué medida los mercados se han situado en el epicentro de la organización social y qué esferas y agentes absorben las tensiones derivadas del conflicto entre el capital y la vida; en tercer y último lugar, quién está asumiendo la responsabilidad última de que la vida continúe. Un lugar estratégico para entender todo esto son los cuidados. Así, visualizar cómo se está resolviendo actualmente la necesidad de cuidados muestra que los mercados no son el único satisfactor posible, sino que la calidad de vida de las personas depende de muchos más elementos, a menudo desconsiderados. Sin embargo, a pesar de permitirnos afirmar que los mercados no son el todo, también nos permiten comprender en qué sentido éstos se han situado en el centro de la estructura socio-económica y qué tensiones acarrea esta prioridad. Explícita, por tanto, el conflicto de lógicas, ya que los cuidados es una de las áreas tradicionalmente puestas como ejemplo de la dificultad de conciliar las necesidades de acumulación del mercado con los requerimientos de las personas. Por otra parte, analizar la distribución social del trabajo de cuidados nos sitúa inmediatamente en la parte invisible del iceberg, posibilitando analizar las distintas dimensiones de la invisibilidad de los múltiples trabajos y su asociación a los diferentes posicionamientos de los agentes económicos en la denominada informática de la dominación, siendo el género una variable de indudable relevancia, pero no la única.

Bibliografía

- ALONSO, Eva; SERRANO, Mariola; TOMÁS, Gema (2003), *El trabajo del ama/amo de casa. Un estudio jurídico y su consideración ética*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Bizkaia. Disponible en: www.bizkaia.net/ahaldun_nagusia/ca_estinformes.htm.
- BARNS, Angela F. (2002), "Re-Reading the Economic as Social: Feminist Poststructuralist Framings of the Economic/Social Nexus". *Discussion Paper 18*, Curtin University of Technology, Julio 2002. Disponible en <http://pandora.nla.gov.au/tep/25700>.
- BORDERÍAS, Cristina (1993), *Entre Líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea. CTNE, 1924-1980*. Barcelona: Icaria.
- BOSCH, Anna; CARRASCO, Cristina; GRAU, Elena (2004), "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo". *IX Jornadas de Economía Crítica*, Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.ucm.es/info/ec/index9.htm>.
- CAMERON, Jenny; GIBSON-GRAHAM, J. K. (2003), "Feminizing the economy: metaphors, strategies, politics", *Gender, Place and Culture*. Disponible en: www.communityeconomies.org/papers/rethink/rethinkp4feminizing.pdf.
- CARRASCO, Cristina (2001), "La sostenibilidad de la vida humana: un asunto de mujeres?", en Magdalena León (comp.) (2003), *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*. Porto Alegre: OXFAM GB, Veraz Comunicaçao: 11-49. Disponible en <http://alainet.org/publica/mujtra/mujeres-trabajo.pdf>.
- CARRASCO, Cristina; ALABART, Anna; DOMÍNGUEZ, Marius; MAYORDOMO, Maribel (2001), "Hacia una nueva metodología para el estudio del trabajo: propuesta para una EPA alternativa" en Cristina Carrasco (ed.) (2001), *Tiempos, trabajos y géneros*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 211-28.
- COLECTIVO IOÉ (2001), *Mujer, inmigración y trabajo*. Madrid: Instituto de Migraciones y Servicios Sociales. Disponible en: http://www.nodo50.org/ioe/investigaciones_libros.php?op=libro&id=42.
- DONES I TREBALLS, GRUPO (2001), "Repensar desde el feminismo los trabajos y los tiempos en la vida cotidiana" en Asamblea de Mujeres de Córdoba Yerbabuena, *Jornadas Feminismo es... y será: ponencias, mesas redondas y exposiciones*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 317-24.

- HARAWAY, Donna J. (1991), *Ciencia, cyborgs, mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid, Valencia: Cátedra e Instituto de la Mujer D. L. [1995].
- HARTMANN, Heidi I. (1979), "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresista entre marxismo y feminismo". *Zona Abierta*, 24: 85-113 [1980].
- HEWITSON, Gillian J. (2001), "The Disavowal of the Sexed Bodies in Neoclassical Economics" en Stephen Cullenberg, Jack Amariglio, y David F. Ruccio (eds.) (2001), *Postmodernism, Economics and Knowledge (Economics as Social Theory)*. NY: Routledge, 221-45.
- HILL, Marianne T. (2003), "Development as Empowerment". *Feminist Economics*, 9 (2/3): 117-35.
- IZQUIERDO, Maria Jesús (1998), *El malestar en la desigualdad*. Barcelona: Cátedra.
- MALO, Marta (2001), "Feminización del trabajo". *Contrapoder*, 4-5, Disponible en: www.nodo50.org/cdc/fem-trabajo.htm.
- MATTHAEI, Julie (1996), "Why Feminist, Marxist and Anti-Racist Economists Should Be Feminist-Marxist-Antiracist Economists". *Feminist Economics*, 2 (1): 22-42.
- PAPÍ GÁLVEZ, Natalia (2001), "El sí de las niñas". Disponible en: <http://www.redcientifica.com>.
- PETER, Fabienne (2003), "Gender and the Foundations of Social Choice: the Role of Situated Agency". *Feminist Economics*, 9 (2/3): 13-32.
- POWER, Marilyn (2004), "Social Provisioning as a Starting Point for Economic Theory: A Feminist Political Economic Methodology". *Feminist Economics*, 10 (3): 3-19.
- PRECARIAS A LA DERIVA (2005), "Una huelga de mucho cuidado". *Contrapoder* 8, primavera-verano, Madrid. Disponible en: <http://www.sindominio.net/contrapoder>.

ÍNDICE

	pag.
Prólogo	5
Introducción: Producción y reproducción en Marx (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	13
CUESTIONAMIENTOS DEL CAPITALISMO ACTUAL	27
Políticas de saberes situados. Emanciparse de la epistemología de la economía política y de su crítica (<i>Antonella Corsani</i>)	29
El paso de la sociedad fábrica a la metrópoli (<i>M^a Jesús Miranda</i>)	47
La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida (<i>Mariarosa Dalla Costa</i>)	59
SUBJETIVIDADES Y SUJETOS FEMINISTAS	79
Identidad de género y sujeto político (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	81
Sobre el género y el sujeto. Buscando caminos para la práctica feminista (<i>Ana F. de Vega de Miguel</i>)	95
Límites y posibilidades de prácticas políticas feministas de la localización (<i>José Enrique Ema López</i>)	105

Antielectras. Esquizofrenia y Marginalidad (<i>Elena Salas y Nieves Salobral</i>)	125
Apuntes desde el feminismo (<i>Cristina Garaizabal</i>)	137
CONSTRUYENDO ACCIÓN POLÍTICA	157
Momentos singulares en la evolución del feminismo en el Estado español (<i>Justa Montero</i>)	159
¿Cómo dejar de ser mujer y que nadie muera en el intento? Un puñado de apuntes e incertidumbres... (<i>Marisa Pérez Colina</i>)	173
Paridad sexual y trabajo. Una aproximación sociológica (<i>Carmen Torralbo Novella</i>)	179
TRABAJOS, TIEMPOS Y ESPACIOS	201
Buscando espacios visibles en una ciudad invisible (<i>Débora Ávila y Cantos</i>)	203
Sobre <i>el</i> trabajo y <i>los</i> trabajos (o las polisemias del trabajo): Reflexiones desde una perspectiva feminista (<i>Matxalen Legarreta Iza</i>)	217
La economía: de icebergs, trabajos e (in)visibilidades (<i>Amaia Pérez Orozco</i>)	233